

Ilustración de cubierta: Fotografía de Luis Asín que acompañaba el texto de Mario Onaindía, ARQUITECTURA 293.

MADRID, SIETE ESTRELLAS.

MARIO ONAINDÍA.



Dudo que pueda conocerse una ciudad y sus habitantes sin haber estado presente en esos núcleos donde el azar cruza las vidas de la gente, como la universidad, el trabajo, los estadios de fútbol o la lucha política.

Por eso, si uno llega a una ciudad casado y después de haber terminado sus estudios, tiene la sensación de que nunca podrá conocerla a fondo, pues se limita a ver todos los días las mismas caras que conoció la primera semana.

Se puede escribir sobre una serpiente, una columna o un muro, pero resulta difícil hacerlo sobre un elefante cuando se es consciente de que se conoce sólo una parte mínima y superficial del animal. Si a pesar de lo dicho, me atrevo a enchufar el ordenador, es sólo porque considero que quienes me piden el artículo asumen el riesgo, y que los lectores, lejos de dibujar un rictus de superioridad porque hable del elefante madrileño como si fuera una serpiente, se complacerán contemplando una versión personal y peregrina de la trompa.

Hay numerosas ciudades españolas que a fines de la década de los

años setenta y principio de los ochenta conocieron un proceso de transformación comenzado en Estados Unidos en los años cincuenta: acelerado hundimiento del centro urbano y desarrollo de las ciudades dormitorio en la periferia,

en las siete estrellas de la Osa Polar. Y la idea de relacionar lo inmutable y racional con la estrella polar, el número siete y los osos procede precisamente de los siberianos.

Es una soberana tontería recurrir a tradiciones esotéricas para generar fetichismos de las relaciones humanas, a las que son tan dados los nacionalismos periféricos, pero no es más inteligente pensar que los hombres puedan aguantar los ruidos y la porquería de sus vecinos sin generar algún tipo de compensación cultural. Si el fetichismo es inevitable para convencer a la gente de que ha de sentir cierto apego a su ciudad -no hay otra manera de que mantenga limpia la calle- es mejor que sea un fetichismo controlado, porque conozcamos su engarce con la cultura universal, que dejarlo en manos de magos sin escrúpulos. Los fantasmas no desaparecen, sólo se transforman. Por lo que es mejor cultivarlos.

Mario Onaindía

En el año 1992, la revista ARQUITECTURA publicó el número 293 sobre Madrid. En ella se incluía la visión de la ciudad que entonces tenía Mario Onaindía, fallecido en 2003. Una vez editada, la revista fué secuestrada por orden de la Junta de Gobierno del Colegio de Arquitectos, volviéndose a editar sin la siguiente nota biográfica: "Mario Onaindía es escritor y su última obra publicada es *Cuentos Nocturnos*, Madrid, Edahasa, 1991. Fué miembro de la banda terrorista ETA, Secretario General de Euskadiko Ezkerra y Diputado del Parlamento Vasco en tres legislaturas. Actualmente preside la Fundación Viridiana". *Los fantasmas no desaparecen, sólo se transforman. Por lo que es mejor cultivarlos.*

combaten a gigantes con torso humano alado y piernas de serpiente, a los que atraviesan con sus lanzas y espadas sin que sus rostros expresen ninguna compasión ni temor. Por no hablar de Antígona, donde las leyes de la ciudad resultan contradictorias con las de la tribu, dando origen a una tradición que intenta representar siempre a la ciudad (o al estado) como el mundo de la razón, y por lo tanto mas cerca del mundo supralunar de los astros que del variante e inestable sublunar.

Este problema lo resolvieron los madrileños a comienzos de la transición no buscando una síntesis, según la cual las relaciones familiares y de tribu no serían menos racionales que las de la ciudad, de la misma manera que éstas no serían menos naturales que las anteriores, sino al contrario, rechazando -con razón- el carácter natural de las relaciones entre ciudadanos con las comunidades políticas que defendía el nacionalismo periférico, pero sin ofrecer ninguna alternativa.

Así, se dieron un himno que costó una peseta y cuya letra no conoce nadie y se inventaron una bandera de siete estrellas que la mayoría de los madrileños cree que hace referencia a las estrellas de los hoteles.

Cuando, curiosamente, tanto el oso que acompaña al madroño como las siete estrellas de la bandera de la Comunidad están relacionados con la idea de la ciudad como espacio cultural, liberado de la naturalidad y de la naturaleza porque para los pueblos que los griegos llaman "hiperbóreos" (los chamanes siberianos) el oso era una representación del eterno retorno, de lo inmutable, como el escarabajo para los egipcios, por la misma razón, porque tras ocultarse en la hibernación vuelve a aparecer con la primavera. Y la misma idea está representada por el número siete, cuya procedencia reside

provocando un profundo cambio en la composición social de las distintas zonas urbanas. El centro se puebla de marginados (drogadictos, mendigos, prostitutas, etc.) que vienen a sumarse a los ancianos que no han podido abandonar sus casas de alquiler de renta baja, mientras los adosados de la periferia se llenan de la nueva fauna social (matrimonios jóvenes, yuppies, etc.)

Que este proceso no es inevitable lo puede comprobar cualquiera

que, como yo, viva unos meses en Madrid.

Es más, lo característico de la capital de España actualmente, es una feroz lucha entre dos tendencias: la que apuesta por que el centro se consolide como una city amable y plural donde las nuevas oficinas resulten compatibles con la fauna propia del centro actual: ancianos, estudiantes, extranjeros, tenderos, etc... y la corriente de abandonar el centro para ir a vivir a zonas mas habitables con mejores equipamientos sociales.

Según el primer modelo, Madrid -capital de una nación de naciones- se consolidaría como una ciudad de ciudades, donde cada barrio, cada calle incluso, constituiría un microcosmos del gran Madrid: calles donde convivirían armónicamente pescaderías, carnicerías, restaurantes chinos, boutiques de diseño, restaurantes de lujo, pubs de la farandula, tabernas de barrio, etc.

En caso contrario, se impondría el modelo de abandonar el centro

urbano en manos de la prostitución tradicional, la drogadicción y la tercera edad.

Para alguien que viene de fuera, hoy Madrid padece de los inconvenientes de ambos modelos, aparentemente. Se han desarrollado barrios residenciales en la periferia, pero no los transportes públicos ni el acceso cómodo ni el horario

laboral que la posibilita. Uno teme que en caso de irse a un barrio de esos que goza de envidiables equipamientos sociales -sean públicos o privados- nunca podrá disfrutar de ellos mientras se someta a comidas de trabajo que duran tres horas y salga de la oficina después de las siete y media. Y si se queda en el centro, podrá quizá disponer de tiempo, pero no de instalaciones que no sean el cine y el teatro.

No creo que haya muchas ciudades en Europa donde a unos pocos metros de lugares como Chicote, donde se celebra un "agasajo postinero con la crema de la intelectualidad" o del Cock, donde trasnocha la farándula y los intelectuales progres, o de Loewe, donde hacen cola los japoneses pudientes, se venda droga dura o se amontonen restos del siniestro ritual del pinchazo: bocas de riego abiertas, jeringuillas, gotas de sangre y mierda (en el sentido mas literal que quepa imaginarse).

Nada mas alejado, empero, del espíritu y del carácter de los madrileños que ver alguna contradicción entre ambas tendencias.

Parece que el modelo ideal de personaje de los madrileños sigue siendo Lope de Vega, no por lo promíscuo, sino por su capacidad de sentirse tan cómodo entre la cultura popular como entre la más sibarita. Y la mayoría de los madrileños que conozco se muestran satisfechos en esta mezcla y tratan de sacar provecho mas que de resolver estas contradicciones.

El resultado es que se imponen un horario y unos sistemas de trabajo poco menos que inhumanos para el resto de los mortales, pero que los madrileños no sólo lo soportan sino que disfrutan de él.

El horario de 8 ó 9 de la mañana con una comida de trabajo de dos o tres horas, difícilmente podría ser aguantado por

un anglosajón que necesita ir a su casa a las seis de la tarde para reponer fuerzas, y recuperarse de las repercusiones gástricas de haber engullido una hamburguesa en media hora, con una terapia de un par de horas en zapatillas repantingado en un sillón, haciendo que lee el periódico. Pero los madrileños han descubierto un excelente sustituto de la siesta en los interminables almuerzos a cuenta del erario publico o de la empresa, con ingeniosas sobremesas, en las que el único inconveniente consiste en padecer a tecnócratas culinarios que consideran que sus clientes carecen de suficientes conocimientos gastronómicos para decidir qué menú les conviene. Y lo peor es que suelen acertar.

Esta actitud de cierto despegue de los madrileños hacia su propia ciudad, que se refleja también en su comportamiento hacia las papeleras, (ah, pero ¿hay papeleras en Madrid? preguntará más de un lector) puede derivarse del modo peculiar como se emprendió la transición en Madrid.

En el resto de España, cada Comunidad Autónoma trató de convencer a los demás y de convencerse a sí misma, que era el resultado natural derivado de un proceso histórico, a diferencia del Estado español que sería hija del pacto y del compromiso, y por tanto artificial y fruto de la conveniencia. De modo que se producía un profundo retroceso en la representación que se hacen los ciudadanos de su ciudad o estado, que desde los griegos habían tratado precisamente de acentuar el corte que se produce en la historia de la humanidad entre las relaciones naturales de la familia y la tribu, respecto a las relaciones racionales propias de los ciudadanos con su hábitat. En pocos sitios se expresa con mayor belleza la idea de este salto cualitativo que en el arte del Museo de Pérgamo, donde todos los dioses griegos, capitaneados par Zeus y Atenea,